

LA NOCHE DEL PROFESOR ANDERSEN

Dag Solstad



colecciónletrasnórdicas

LA NOCHE DEL PROFESOR ANDERSEN

Dag Solstad

Nørdicalibros
2023

Traducción de
**Kirsti Baggethun y Asunción
Lorenzo**

Título original: *Professor Andersens natt*



La traducción de este libro ha recibido
apoyo económico de NORLA

© 1996 Forlaget Oktober A/S.

© De la traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Doctor Blanco Soler, 26 - CP: 28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: marzo de 2023

ISBN: 978-84-19320-76-6

Depósito Legal: M-5020-2023

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)



Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Era Nochebuena, y el profesor Andersen tenía un árbol de Navidad en el salón. Lo miró fijamente. «Vaya», pensó. «Vaya, vaya». Se dio la vuelta y se puso a dar paseos por el salón, mientras oía los villancicos en la televisión. «Vaya, vaya», repitió. «Bueno, ¿qué más puedo decir?», añadió, meditando. Miró la mesa decorosamente puesta en el comedor. Puesta para una persona. «Curioso lo arraigado que está», pensó, «y sin ironía alguna», añadió, sacudiendo la cabeza. Esperaba con ilusión la cena. Debajo del árbol de Navidad había dos paquetes, uno de cada uno de sus sobrinos adultos. «Y si digo que espero que las costillas me queden con una deliciosa corteza crujiente, ¿hay entonces en ello un poco de ironía? No», pensó, «si no consigo que me quede una sabrosa corteza, me pondré furioso y blasfemaré a voces, aunque sea Nochebuena», añadió. Como blasfemó a voces mientras hacía esfuerzos por clavar el árbol en la maceta, y luego para que quedara recto y no torcido, como debe estar un árbol de Navidad en una casa. Como hizo cuando al colocar las luces en las ramas del árbol descubrió que también este año se le habían enredado los cables, y tuvo que dar marcha atrás, quitar las luces una por una, y empezar de nuevo casi desde el principio. Hostia, dijo entonces. Hostia. Alto y claro, pero eso fue el día anterior.

«Curioso cómo interiorizamos la Nochebuena», pensó. La fiesta religiosa. La noche sagrada. Que empieza esta noche a las doce. No antes, como muchos creen en Noruega, esta es la tarde que precede a la noche sagrada. O noche silenciosa. Fue a la cocina. Abrió la puerta del horno. Sacó las costillas. Le llegó el delicioso olor y miró satisfecho la crujiente corteza. Preparó todo y lo llevó a la mesa, listo ya para servir, luego fue al dormitorio y se cambió rápidamente de ropa. Salió vestido con un bonito traje gris, camisa blanca, corbata y lustrosos zapatos negros. Se sentó a la mesa a degustar su cena de Nochebuena.

El profesor Andersen disfrutó de su tradicional plato navideño. Comió costillas con col fermentada, verduras, patatas, ciruelas pasas y arándanos rojos revueltos, según la costumbre de la zona del país de la que procedía, y a la misma hora que la mayoría de los noruegos degustan su cena navideña, en algún momento entre las diecisiete y las diecinueve horas. Bebió cerveza y aguardiente, como suele hacerse para acompañar ese plato tan gracioso que rara vez se come fuera de Navidad. Comió despacio y con solemnidad, y bebió con aire reflexivo. Cuando acabó, llevó los platos y las fuentes de servir a la cocina, y se sacó a la mesa el postre, que era nata batida con arroz, también una tradición familiar, aunque no especialmente buena, en su opinión. No obstante, también se lo comió con solemnidad. Luego limpió la mesa y fue al salón, encendió la chimenea, preparó la pequeña mesa que había delante, y se sentó. Café y coñac. «Me saltaré las pastas navideñas», pensó. «Líbrame de las pastas navideñas, a cambio, tomaré más café y coñac», dijo

con una risa. Se quedó mirando fijamente el árbol de Navidad, que estaba junto a la chimenea. Decorado con sencillez, pero con estilo, brillo y banderas noruegas en filas simétricas rodeándolo. «La mayor parte de la gente pone demasiados adornos en el árbol», se dijo el profesor Andersen. «Pero quizá suele hacerse cuando hay niños pequeños en la familia», añadió, en un tono conciliador. Abrió los paquetes de sus sobrinos. Uno era una novela de Ingvar Ambjørnsen. El otro era una novela de Karsten Alnæs. «Bueno, bueno, así que he celebrado la Navidad también este año», pensó con un pequeño suspiro.

El profesor Andersen sentía esa noche paz en su interior. Sentía una paz en el alma que no era de naturaleza religiosa, sino social. Le gustaba entregarse a esos ritos sociales navideños que en el fondo no significaban nada para él. No tenía necesidad de hacerlo, ya que celebraba la Navidad en solitario, y no estaba atado a esas costumbres con sentimientos profundos e íntimos, podía habérselas arreglado perfectamente sin árbol de Navidad, por ejemplo, a nadie que fuera a visitarlo en Navidad le extrañaría que no tuviera árbol, al contrario, los probables visitantes se sorprenderían al ver que lo tenía, que tenía un árbol tan grande, más grande que él mismo, de hecho, y podía empezar ya a quejarse de los chistes que caerían sobre su pobre persona por ese motivo, pensó, y no le quedó más remedio que reírse. No, el profesor Andersen tenía árbol de Navidad, un árbol algo más grande que él mismo, menos no podía ser, opinaba. Celebraba la Navidad. Sobre todo, porque sentía un fuerte malestar al pensar que podría haber hecho lo

contrario. Haber mandado a la mierda la Nochebuena, dejando que los preparativos navideños fueran preparativos navideños, y la celebración de la Navidad, la celebración de la Navidad, comportándose como si fuera un día normal y corriente, teniendo así una jornada de trabajo extra, que le hacía mucha falta. Sentado en vaqueros preparando una clase, u ocupándose de la correspondencia, que tenía muy atrasada, sobre todo la de la parte burocrática. Podría haber comido albóndigas con puré de col en la cocina, o uno de esos platos de pasta que le salían tan bien. Podría haberse dedicado a sus cosas, dejando que los demás celebraran la Navidad en los miles de casas en las que las velas estaban encendidas. La idea de que podía haberlo hecho y sin haber llamado mucho la atención le indignaba. En cierto modo, si lo hubiera hecho se habría sentido embrutecido. «Pues sí, la verdad es que me habría sentido bastante cabezota», pensó, tozudo, aunque algo sorprendido porque en realidad era así. No podía rechazar la Navidad, tenía que seguir los usos y costumbres. Era correcto hacerlo así, otra cosa le habría resultado completamente inaceptable, aunque las costumbres que seguía y la celebración en la que así tomaba parte, a su manera y sin tener ninguna obligación familiar o externa de hacerlo, excepto la obligación que sentía ante sí mismo, y que procedía de su interior, indicaba un contenido que para él estaba vacío de contenido. Él, completamente solo, bueno, incluso sin que nadie lo supiera, o se preocupara, participaba de la gran fiesta cristiana en memoria del nacimiento del Salvador, y con ello sentía paz interior, y por una vez se sentía reconciliado

con la existencia, algo que le ocurría en raras ocasiones, a pesar de su alta posición social como catedrático de Literatura de la universidad más antigua del país.

Estaba delante de la chimenea, mirando fijamente las llamas. Tiró dentro los papeles multicolores de los dos paquetes, y vio llamear el fuego. No tiró las dos tarjetitas que tenían su nombre y el de sus sobrinos, las guardó porque no era capaz de tirar saludos personales escritos a mano, lo que al fin y al cabo eran esas tarjetitas de «para» y «de» con los nombres, pensó. Tomó café y coñac. Miraba fijamente dentro de la chimenea y dentro de sus propios pensamientos. Pasaron las horas. De vez en cuando se acercaba a la ventana y miraba hacia fuera. A la calle vacía con los coches junto a los bordillos y a las luces de los pisos de enfrente. Algunos estaban oscuros, excepto por las tenues luces de los árboles de Navidad al fondo, lo que significaba que los que vivían allí se habían ido a celebrar la Nochebuena con la familia. Pero en otros pisos había luz. En esos estaban en casa, celebrando la Navidad. Se fijó sobre todo en cuatro pisos en los que vio que había mucha gente reunida. Por un momento le irritó no haberse acercado a la ventana y mirado enfrente mientras estaba ocupado dando buena cuenta de su cena de Nochebuena, porque entonces tal vez habría visto a las cuatro familias sentadas a la mesa al mismo tiempo, todas dentro de su campo de visión, cada familia a la luz de su casa, unos enfrente de otros, unos al lado de otros, claramente separadas, y sin saber en realidad de las demás, a pesar de estar todas unidas alrededor de lo mismo, y dentro del mismo contexto ceremonial. Ah, cuánto le

habría gustado verlo, esa visión que le habría resultado tan familiar, una belleza ingenua, civilizada, confiesa, pero era demasiado tarde. No obstante, las escenas que ahora podía observar de los cuatro pisos iluminados eran aptas para llenarlo de una curiosa sensación de solidaridad. En todos los pisos podía vislumbrar personas, personas sentadas en una tranquilidad somnolienta detrás de velas encendidas en candelabros de siete brazos en la ventana, bajo el brillo de lámparas de araña, o junto a las pálidas luces de los árboles de Navidad al fondo. Se imaginaba un calor sonrojado en las caras y los cuerpos dentro de las cálidas estancias, y un sosiego agotador que se propagaba al profesor Andersen como una somnolienta familiaridad. Se sentía solidarizado con ellos. Esta noche, ahora que se acercaban las doce y empezaría la noche sagrada, en la que quería estar presente, al menos durante unas breves horas, aunque ellos a lo mejor no pensarán ni un momento en aquello, de lo que también él se encontraba lejos, había a pesar de todo precisamente ahora una solidaridad entre el profesor Andersen y aquellos a los que observaba desde la ventana, sentados en un somnoliento sosiego dentro de sus casas, porque todos eran partícipes de esa ceremonia cultural de profundas raíces, aunque no de mucho contenido más que para unos cuantos en esta ciudad.

Serían alrededor de las once de la noche, una hora antes del comienzo de lo que se llama la noche sagrada, o la noche silenciosa, y que todos los años se celebra en la misma fecha en nuestro país y en los demás países nórdicos, ciertamente con el énfasis en la ya pasada Nochebuena,

pero con el mismo objetivo de recordar aquella noche sagrada en que Jesús de Nazaret, el Salvador, nació en un establo en la ciudad de Belén de Judea, en el año que ha recibido la denominación cero, cuando el profesor Andersen estaba mirando fijamente hacia los pisos iluminados del otro lado de la calle, lleno de esa extraña intimidad por estar todos como transportados a imágenes milenarias esa noche, fueran o no conscientes de ello. En su interior apareció el cielo desértico sobre Judea en el mes de diciembre de ese año que inició nuestra cronología. Los cielos estrellados, los miles de estrellas que brillaban sin cesar en el cielo intensamente azul. Los pastores en el campo a las afueras de Belén. Un ángel frente a ellos anunciándoles una gran alegría. El profesor Andersen veía el ángel iluminado en su ojo interior, frente a los pastores y las ovejas, y le produjo placer imaginarse ángeles iluminados en la noche oscura. En su oído interior oyó a los ángeles alabar a Dios, y también eso se lo imaginó con un extraño sentimiento sagrado. Un pesebre en un establo, María y José, vestidos con túnicas, inclinados sobre él, los pastores que se arrodillan y las ovejas que lo contemplan. La gran estrella amarilla de Belén en el cielo del desierto. Los tres hombres sabios en camello por el desierto, siguiendo la gran estrella. Que se paran delante de un establo de Belén, los reyes de Oriente arrodillados ante el pesebre. Oro, incienso y mirra. Ah, esas imágenes por las que se dejaba cautivar con entusiasmo infantil como imágenes sin un profundo contenido religioso. Una rendición atea ante las tradiciones en una época en la que poco o nada parecía tener posibilidad de sobrevivir a

nada, pero que se pierde unos segundos en la niebla de la historia después de haber aparecido y desaparecido, pensó el profesor Andersen con un leve suspiro. «Aquí estoy, medio borracho y sentimental, conmovido por el evangelio de la Navidad», pensó el profesor Andersen. «Un catedrático de cincuenta y cinco años que ha abierto la mente a su ingenuidad interior y ha sido capaz de recibir antiquísimos relatos de origen religioso, y paz en la mente, ¿es así?, me pregunto», se preguntó a sí mismo. «Sí, eso será lo que está pasando», añadió. «Que así sea», añadió también en su pensamiento. «No soy creyente, pero pertenezco a una cultura cristiana, y sin ningún tipo de ironía puedo permitir que la paz navideña llene mi espíritu. Pronto será la noche sagrada. Pero tengo, por suerte, mis límites», pensó a continuación. «No soy capaz de emplear las palabras “Niño Jesús”, porque se convierten automáticamente en “riño a Chus” y me echo a reír, pensó», notando la risa estallarle por dentro. «Tampoco consigo decir “Jesús”, añadió rápidamente con el fin de volver a quedarse serio, tengo que añadir corriendo “de Nazaret”, sí que soy capaz de decir “Jesús de Nazaret”, pero no Jesús a solas. Sí que puedo decir “el Salvador”, y lo mismo ocurre con “Cristo”. Si alguien me preguntara si creo en Jesús, me retorcería por dentro, pero si alguien me pregunta si creo en Cristo, no tengo ningún problema en contestar, educada y sinceramente, que no, que no creo en él», pensaba el profesor Andersen, mirando fijamente hacia las ventanas iluminadas del otro lado de la calle, observando a la gente sentada en sus salones, con los árboles de Navidad encendidos, celebrando ese

evento de dos mil años de antigüedad. «Conmovidos por un rito que para muchos no significa nada, pero que no pueden dejar de seguir, incluso ataviados con sus mejores galas, como yo», pensó. «Con candor infantil. Sí, con candor infantil», repitió, «aquí en el alto norte, en el oscuro y frío invierno, en una capital moderna de un país rico en alta tecnología, hacia finales del siglo xx», pensó. «Sí, el adulto debe vivir las imágenes de la noche sagrada con su espíritu infantil aún presente», pensó, «al menos con una amable inclinación de cabeza a esas posibilidades en la mente de uno, como para animar su apariencia, antes de rectificar, como tan a menudo se hace, y muchas veces con razón, «añadió, sensato él, de pie, frente a la ventana de su piso, esperando el comienzo de la noche sagrada, en la que quería participar una hora, tal vez dos, sumido en sus profundos pensamientos, antes de acostarse, así lo había decidido, frente a la ventana, con sus mejores galas, mirando hacia las ventanas iluminadas del otro lado de la calle.

Pero de repente apareció una mujer en una ventana que no pertenecía a ninguno de los cuatro pisos que tenía vigilados esa noche, sino a uno de los pisos más pequeños del mismo inmueble, que había estado iluminado todo el tiempo, se había fijado en ello, pero sin que hubiera despertado su curiosidad, quizá porque los vecinos se encontraban tan al fondo del piso que resultaba imposible formarse una impresión de ellos. Pero ahora había allí una mujer. Miraba fijamente hacia fuera. Era guapa, le pareció al profesor Andersen, con su larga melena rubia mirando muy seria al frente. A lo mejor en realidad

no era guapa, pero allí, en la ventana, lo parecía, una figura esbelta y juvenil, y una larga melena rubia. «Joven», pensó el profesor Andersen, tal vez administrativa o estudiante a tiempo completo o en sus ratos libres. No obstante, no tuvo ocasión de observarla mucho rato, ya que de repente la mujer se volvió porque otra persona había entrado en la habitación. Era un hombre, también él parecía joven, aunque en ese momento el profesor Andersen fuera incapaz de explicar por qué la persona recién aparecida era un hombre joven. «Pero uno está bastante seguro de esas cosas, las ves enseguida, puede tener que ver con la agilidad que mostró al entrar en la imagen, por ejemplo», pensó, antes de estremecerse aterrado al ver que ese hombre que con seguridad inmediata había constatado que era joven, rodeaba con las manos el cuello de la mujer, y apretaba. El profesor Andersen vio que ella sacudía los brazos, luego todo el cuerpo, se fijó, hasta que de repente se quedó completamente inmóvil bajo las manos del hombre, y se desplomó. El joven se enderezó, y el profesor Andersen se apresuró a esconderse detrás de las cortinas al ver que el hombre se acercaba a la ventana. Cuando el profesor Andersen se asomó con mucho cuidado por su cortina, vio que habían echado la cortina del otro piso.

«Tengo que llamar a la policía», pensó. Se acercó al teléfono, pero no lo descolgó. «Ha sido un asesinato, tengo que llamar a la policía», pensó, pero seguía sin levantar el auricular. Optó por volver a la cocina. La cortina seguía echada en la ventana del piso del otro lado de la calle. No había nada que indicara que allí había ocurrido

algo fuera de lo normal. Tarde en Nochebuena, las cortinas corridas, todo completamente normal. «Pero acabo de verlo con mis propios ojos», gimió, «he sido testigo de un asesinato, tengo que denunciarlo». Miró fijamente hacia la ventana con las cortinas echadas. No dejaba de mirar. Esas tupidas cortinas que no dejan entrar ni salir un rayo de luz. «¿Qué ha sucedido?», pensó. «Es horrible, y encima justo delante de mis ojos, lo vi con mis propios ojos, pues sí, puedo describirlo en detalle. Tengo que llamar a la policía». Se acercó al teléfono, pero no levantó el auricular. «Qué voy a decirles», pensó, «¿que he visto un asesinato? Pues sí, eso es lo que tengo que decir. Y se reirán de mí y me dirán que me vaya a dormir y que vuelva cuando esté sobrio, porque eso es lo normal», añadió, «que cuando has bebido un poco e intentas parecer sobrio, des la impresión de estar bastante ebrio, porque tienes tanto miedo de parecer gango-so que el gangueo te domina por completo. Y estando tan desesperado como estoy ahora, esto no podrá salir bien».

Decidió colocarse junto a la ventana, detrás de la cortina, con todas las luces del salón apagadas, y vigilar esa ventana en la que había visto cometerse un asesinato. Así permaneció varias horas, en la oscuridad, en el salón, mirando fijamente esa superficie rectangular del otro lado que ocultaba lo que había visto. «Es extraño que no llame a la policía», pensó. «Aún no es demasiado tarde. Aunque no me crean, digan que estoy borracho o lo que quieran, yo al menos habré informado, y ellos verán si quieren hacer algo. Es así de sencillo». Pero no

fue a llamar. Se quedó junto a la ventana, mirando fijamente. Mirando esa superficie rectangular del otro lado. ¿Ese hombre seguía allí dentro? Probablemente, porque no había visto a ningún hombre solo salir por la puerta de la calle. Pero podría haber huido en el momento en el que el profesor Andersen se acercó al teléfono. ¿Pero entonces por qué iba a haber corrido la cortina? «No, seguirá allí dentro», pensó el profesor Andersen. «Detrás de esa tupida cortina hay un joven junto a una mujer muerta, a la que acaba de asesinar. Y yo lo sé», pensó, «pero no hago nada al respecto. Debería haber llamado, al menos por mi propio bien. Es extraño, sé que debería haberlo hecho, pero no puedo. Así es, simplemente no puedo».

Siguió mirando hacia la ventana cerrada, a la vez que vigilaba la puerta de la calle, con la esperanza de que el asesino saliera por ella. Pero nada ocurrió. Ya era avanzada la noche, y el profesor Andersen notó que tenía sueño. ¿Para qué seguía ahí? ¿Para ver que la cortina de repente se abría de nuevo? ¿O esperando que el asesino saliera por la puerta de la calle y pudiera verlo? ¿Y por qué tenía que verlo? ¿De qué serviría? ¿Era necesario que viera a ese hombre al que era incapaz de denunciar a la policía, impidiendo que fuera arrestado por el asesinato que acababa de cometer? ¿Por qué demonios tenía que hacer eso? Al profesor Andersen no le quedó más remedio que admitir que tenía unas ganas obsesivas de ver al asesino, por qué, si no, estaba junto a la ventana vigilando atentamente la puerta, porque eso sí lo tenía muy claro, que si no apartaba la vista de la ventana cerrada, esperando a que volvieran a abrirse las cortinas, se debía a una loca

esperanza de que entonces vería que todo estaba como siempre, que la mujer aparecía de nuevo en la ventana, joven y guapa como antes, por alguna razón por la que él no había necesitado preocuparse. Pero cuando el ojo empezaba a deslizarse hacia la puerta de la calle era para captar al asesino saliendo, no para ver el sueño imposible que habría sido ver a la joven pareja salir silbando a la calle, la noche de Navidad, qué va, en eso no tenía fe alguna, ni siquiera como una esperanza imposible; cuando ahora paseaba su mirada por la puerta de la calle era para ver al asesino huyendo, la cara del asesino, un deseo obsesivo. No obstante, ese deseo repugnaba tanto al profesor Andersen que decidió no quedarse allí hasta sentirse encapsulado en la situación en la que viera cumplida esa extraña necesidad de ver el rostro del asesino. Así que se fue a dormir.

Consiguió dormir. Intranquilo, es cierto, pero durmió. Dio unas cuantas vueltas en la cama, en una especie de intranquilo sopor, pero durmió. Al amanecer se despertó porque necesitaba mear. Se levantó tambaleándose, fue al cuarto de baño y meó. Cuando terminó, volvió tambaleándose a la cama, pero no sin dar primero un rodeo por el salón, donde se acercó a la ventana y miró hacia el piso del otro lado de la calle. La cortina seguía echada. Volvió a la cama, y cuando se despertó, era ya avanzada la mañana.

Fue al baño y se aseó. Se puso el mismo traje que el día anterior, camisa blanca, corbata y zapatos negros, ya que era el día de Navidad, y fue a la cocina a preparar el desayuno. Mientras ponía la mesa en el comedor,

se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Había empezado a nevar. Grandes copos de nieve caían del cielo, y habían cubierto ya la calle y la acera. Daba una sensación tan apacible que el profesor Andersen notó un pinchazo en el corazón cuando dejó reposar la mirada en la ventana del piso de enfrente. La cortina seguía echada. Se tomó su desayuno navideño y a continuación decidió darse un paseo bajo la nieve.

El profesor Andersen tenía un amplio piso en Skillebekk, un barrio cercano al mar, en Frognerkilen, pero separado del fiordo primero por la vía del ferrocarril (ahora en desuso) y luego por la autovía, que es la entrada principal a la parte oeste de Oslo. Le llegó el frescor del aire al salir del portal y dar la vuelta a la esquina hacia la calle Drammen, a la vez que notaba que la nieve caía copiosamente, posándosele en el pelo (iba con la cabeza descubierta). Ya se había acumulado mucha, y las calles no se habían limpiado, excepto la de Drammen, lo que creaba un ambiente alegre pero resignado entre los propietarios de los coches, que tenían serios problemas para ponerlos en marcha, y como era el día de Navidad y no les esperaba ninguna obligación importante, había una ruidosa solidaridad con esa caótica situación invernal ocasionada por la nevada de la noche o de la mañana que al profesor Andersen le pareció muy entrañable, mientras pateaba por la nieve entre toda aquella gente alegre que llamaba la atención con su actividad inútil pero laboriosa. Subió por la calle Niels Juel hasta la alameda de Bygdøy, y luego se encaminó hacia Briskeby, su único objetivo era darse un paseo como tantos otros esa mañana del día de

Navidad. Pero antes de llegar a Briskeby decidió darse la vuelta. No tenía fuerzas para andar, se sentía muy pesado por dentro. Estaba intranquilo. «Ah», pensó, «ojalá hubiera llamado a pesar de todo, y me habría librado de esta historia. Entonces solo habría sido una historia emocionante, ya concluida por mi parte. Pero ahora no siento más que intranquilidad», pensó, y decidió darse la vuelta.

Pero por un momento pensó seguir a pesar de todo hasta el barrio de Briskeby, luego coger la calle de Briskeby y continuar por la de la Industria hacia el barrio de Majorstua y la comisaría de la calle Jacob Aall. «Puedo ir a denunciarlo ahora», pensó. «Para acabar con esto de una vez por todas. Puede que tenga algún problemilla por no haberles informado antes, pero todo el mundo podrá entender, si quiere entender, que puede pasarle a cualquiera». Por un instante, se sintió tan tentado de seguir subiendo hacia Briskeby, hasta la comisaría de Majorstua, que de hecho sintió alivio al pensarlo, al entender que realmente era posible. Pero en el momento de sentir el alivio subirle por el cuerpo, supo que aquello no eran más que imaginaciones, de las que podía alegrarse en ese instante, pero que jamás llegaría a realizar, y decidió dejar de jugar de una vez con esa clase de pensamientos hipotéticos que no hacían sino conducirlo cada vez más dentro del problema, como se dijo a sí mismo, y dio la vuelta y bajó de nuevo por la calle Niels Juel hasta el barrio de Skillebekk. Volvió a su casa, ansioso por lo que allí vería. Consiguió no mirar hacia la ventana del otro inmueble mientras estaba en la calle, delante de la

casa en la que vivía, con el otro edificio enfrente, y esperó hasta abrir la verja con la llave y subir la escalera hasta su piso, abrir la puerta y acercarse a la ventana. No. Todo estaba como antes.

«Recapacita», se rogó encarecidamente a sí mismo. «Has estado fuera media hora a mediodía el día de Navidad, en concreto desde las 12.45 hasta las 13.15, ¿cómo podías creer que en ese período de tiempo tan corto iba a pasar algo en la ventana? Esperar, bueno, pero es una esperanza débil. En algún momento ocurrirá algo allí enfrente, pero no tiene por qué ser hoy. Tranquilo. Piensa en otra cosa». Pero no era capaz de pensar en otra cosa.

«Tengo que hablar con alguien», pensó. «Tengo que llamar a alguien». Pensó en sus amigos, en a cuál de ellos podría llamar, y se acordó de que al día siguiente, el veintiséis, iba a cenar en casa de Nina y Bernt Halvorsen. «Puedo esperar hasta mañana», pensó. «Quiero hablar de ello con Bernt, ya que es médico». Estaba invitado a las diecinueve horas, y si se presentaba una hora antes, Bernt y él tendrían tiempo de sobra para hablar del tema, mientras Nina estaba en la cocina ocupada con los preparativos de la cena, pensó. Seguro que Bernt solo se encargaría del vino, de abrir las botellas y ponerlas junto a la estufa para atemperarlas, y mientras Bernt Larsen hacía eso, él podría explicarse. La idea lo tranquilizó. Solo se trataba de aguantar algo más de veinticuatro horas, y podría explicar lo ocurrido, lo soportaría. Se fue a la cocina a mirar el bacalao seco macerado que tenía en la nevera. Lo sacó y lo tocó. Tenía una pinta estupenda, el bacalao seco macerado puede conservarse veinticuatro

horas en el frigorífico, siempre que se compre pescado de la mejor calidad», pensó, y volvió a meterlo en la nevera. No lo comería hasta por la noche. Mientras tanto, leería un buen libro, preguntándose qué quería decir con eso. Y, acompañando el libro, una modesta copa. Para la cena sería cerveza y aguardiente. Para el café: coñac.

Y así pasó. El profesor Andersen se despertó a la mañana siguiente con una gran resaca. Seguía nevando. Por todas partes se oía el sonido raspante de las máquinas quitanieves al limpiar hasta abajo la calle Drammen. La cortina de la ventana de la casa de enfrente seguía echada. Esa cortina rectangular y tupida que tapaba toda la ventana. El profesor Andersen se había acercado constantemente a mirar hacia el otro lado de la calle el día anterior, el día de Navidad, y esa noche, y lo siguió haciendo también ese día. Le hacía ilusión la cena en casa de Nina y Bernt Halvorsen. Salió hacia allí a las cinco de la tarde, porque de repente decidió que iba a recorrer a pie la larga distancia hasta Sagene.

Cogió la calle Niels Juel hasta la plaza de Ridder-vold, luego el camino de Camilla Collett y la calle Josefina a través de Homansbyen hasta el barrio de Bislet. Desde Bislet, el sendero de Dalsberg hasta el camino de Ullevål y St. Hanshaugen, y luego la empinada calle de Waldemar Thrane hasta la plaza de Alexander Kie-lland. Allí cogió el camino de Maridalen hasta el puente de Vøien, y allí arriba, en un pequeño chalet junto a la orilla de hierba, ahora cubierta de nieve, del río Aker, vivía el matrimonio de médicos Halvorsen, que lo había invitado a cenar. Al principio caminaba tranquilo, por

no decir despacio, por los montones de nieve, en la oscuridad navideña hacia la plaza de Riddervold y luego hacia Bislet, porque iba con tiempo de sobra y no quería llegar demasiado pronto, al fin y al cabo, pensaba llegar a las seis a una cena a la que estaba invitado a las siete. Pero antes de llegar a Bislet se dio cuenta de que había aumentado la velocidad, porque sus pensamientos ardían por hacerse realidad, de modo que ya en St. Hanshaugen, a punto de bajar hacia la plaza de Alexander Kielland se sentía bien y deseando llegar a la meta, con el fin de poder decir lo que ahora estaba pensando con tanto ardor. Porque sabía por qué había llegado a esa situación. No podría haber actuado de otra manera. Había sido testigo de un asesinato y no lo había denunciado. No, no lo había hecho. No se le ocurriría hacerlo, y sabía por qué. El asesinato había ocurrido. Ese era el caso, había ocurrido algo irremediable de lo que había sido testigo. Él no podía denunciar algo irremediable. Si, por ejemplo, hubiera sido testigo de un robo, viendo que había ladrones dentro de ese mismo piso, ladrones sacando un televisor y un aparato estéreo, no habría vacilado en llamar a la policía. Porque entonces habría corrido prisa. Igual que un incendio. Si hubiera visto humo salir por la ventana, o si lo hubiera oído, habría llamado sin vacilar a los bomberos. Incluso si hubiera sido testigo de un brutal atraco abajo, en la calle, y pareciera que una persona estaba a punto de matar a otra, habría corrido al teléfono a llamar a la policía. Y mientras esperaba a la policía, habría sopesado la posibilidad de intervenir con el fin de detener el ataque, bueno, eso si no hubiera sido

demasiado cobarde, claro. Y si hubiera sido demasiado cobarde, y uno hubiera golpeado al otro hasta la muerte antes de que llegara la policía mientras él lo estaba observando, efectivamente habría incurrido en una inmensa cuestión de conciencia contra la que luchar, pero habría podido vivir con ello. «Sí joder, habría sido posible vivir con una cosa así», pensó, tozudo, y cobarde o no, habría llamado a la policía. De eso no cabía duda, porque esa llamada habría podido impedir que ocurriera algo irreparable. Pero él había sido testigo de algo irreparable, y no había nada que pudiera hacer. No podía repararlo llamando y denunciando lo que ya había ocurrido. El asesinato era un hecho consumado del que había sido testigo. «No puedo denunciarlo, solo conduciría a que arrestaran al asesino». Y no le importaba que lo arrestaran, pero no porque él, el profesor Andersen, hubiera intervenido y denunciado el asesinato. Eso le desagradaba.

«¿Entendéis lo que estoy diciendo?», pensó, dirigiéndose a los que estaban en esa casa a la que se encaminaba; la joven nunca volvería a aparecer en la ventana. «Quizá haya estado dos días esperando volver a verla en la ventana, pero eso no ocurrirá. Está muerta. La han asesinado. Las cortinas están echadas. Y cuando se descorran, será el asesino el que estará en la ventana mirando hacia fuera con los ojos entornados. Me resulta imposible contribuir a que lo arresten. No puedo cometer un abuso de ese tipo contra un hombre que ha asesinado», pensó, asustado por lo que realmente estaba pensando, aunque a la vez ardía por poder contárselo a un amigo, de modo que apretó el paso por la calle de Maridalen,

bueno, correteaba por la nieve en la oscuridad invernal y bajo las luces de la ciudad, para contar su parte de ese hecho irremediable que había ocurrido.

Jadeando, llamó a la puerta del matrimonio Halvorsen. Abrió Bernt. «Pero bueno, ¿ya estás aquí?», exclamó. «Sí, ¿no era a las siete?», dijo el profesor Andersen, ingenuo. «Sí, pero son las seis menos cuarto», dijo Bernt, riéndose. «Ah, mierda, habré mirado mal el reloj», murmuró el profesor Andersen. Bernt Halvorsen abrió la puerta de par en par, y el profesor Andersen entró despacio con cara de vergüenza. No fue como se lo había imaginado. Pensaba que al ver a Bernt Halvorsen asombrado y diciendo que llegaba demasiado pronto, le contestaría: «Ya lo sé, pero tengo algo importante de lo que hablar contigo». ¿Por qué no lo había dicho?

Quizá porque le parecía demasiado agobiante. Antes de que llegara el resto de los invitados, tendría tiempo de hablar con Bernt, intentaría desviar la conversación hacia el tema de la manera más natural. Pero resultó imposible. No logró hablar de ello, aunque Bernt y él estuvieron sentados en el salón tomando una copa (como él se había imaginado de antemano), mientras Nina estaba en la cocina preparando la cena, llamando de vez en cuando a su marido para que fuera a ayudarla con algo. Cada vez que Bernt iba a la cocina, el profesor Andersen tenía tiempo de sobra para reflexionar sobre cómo conducir la conversación hacia el tema que ardía por confiar a un amigo, armándose de valor y yendo directamente al grano, o dando un rodeo que de repente llevara a que de la boca del profesor Andersen saliera un comentario ligero